



## CAPÍTULO

### 1

**R**ECARGADA Y MONUMENTAL, RAEBURN COURT era un conjunto de piedras deslucidas sobre una colina desprovista de vegetación. Lady Victoria Wakefield la divisó mientras el carruaje se encontraba todavía a cierta distancia, y la miró con detenimiento a medida que se aproximaban al portón de la propiedad; después de todo, ninguna otra cosa en el inhóspito paisaje le llamaba la atención. A medida que se acercaban, la pequeña casa solariega se volvía más tosca y fea, con las almenas dentadas perforadas al azar por tambaleantes agujas que atravesaban el cielo color gris.

—¿Aquí vive un duque? —La pregunta incrédula de Dyer reflejaba los pensamientos de Victoria.

—Qué mejor lugar para él. —Victoria no hizo nada por ocultar el tono mordaz de su voz ante la criada. Después de viajar durante dos días, primero de Bristol a Leeds en tren y luego otras cinco horas en carruaje, estaba furiosa.

Cerró los puños con fuerza al pensar en la autoritaria carta que llevaba en el bolso, en la que prácticamente se le ordenaba que acudiera a Raeburn Court. Estuvo tentada de permanecer en los parajes familiares de Rushworth

Manor y dejar que su hermano Jack se pudriera en la prisión por no pagar sus deudas si era necesario. Pero pensar en la vergüenza que le acarrearía a su familia le hería el orgullo más de lo que la indignaba la misiva del duque. Por ese motivo había enviado una carta anunciándose, había hecho el equipaje y se había dirigido a la estación de tren de Bristol, haciendo oídos sordos a las protestas de su madre y sus fingidos desvanecimientos.

No sabía bien lo que podía lograr con su viaje. En momentos de sombrías reflexiones —y le había sobrado el tiempo para pensar de camino a Raeburn Court— temía estar corriendo tras una quimera. Aun así, existía una tenue esperanza de persuadir al duque de que entrara en razón. Intentaba conciliar aquella posibilidad con lo que conocía de él. Se decía que era un hombre al que le encantaba la oscuridad, un enigma, un paria, no por las acciones que realizaba sino por las convenciones a las que no se ajustaba. Victoria sintió un escalofrío. Aunque sabía que los Wakefield podían soportar la vergüenza provocada por la insolvencia de Jack, pensar en los inevitables cuchicheos y las sonrisas burlonas que los acosarían durante años la forzaba a seguir adelante. Había pagado un precio demasiado alto por conseguir respetabilidad como para que se la arrebatara su hermano.

Llegaron hasta la casa del guardés en silencio. Estaba aún más en ruinas que la mansión, le faltaban postigos y la hiedra crecía de forma descontrolada sobre las ventanas. Sólo una delgada línea de humo que se enroscaba hacia el cielo daba cuenta de que estaba habitada. El carruaje se detuvo en seco, y el conductor abrió la puerta, ofreciendo el brazo a las damas para que descendieran. No preguntó cuál era su equipaje; habían viajado las dos solas en el carruaje desde que un granjero y su esposa se apearon en el pueblo de Raeburn Court media milla antes. El hombre bajó del techo el baúl y la maleta con bordes de

bronce, aceptó la propina de Dyer y saltó ágilmente al carruaje de nuevo sin decir una sola palabra.

El coche se alejaba con un traqueteo cuando Dyer emitió un grito ahogado. Victoria se dio la vuelta y vio a un anciano encorvado con la cara surcada de arrugas que asomaba la cabeza por la puerta de la casa del guardés.

—¿Lady Victoria? —inquirió, mirando indeciso con ojos legañosos a una y otra mujer.

Victoria se permitió una pequeña sonrisa ante su vacilación. El vestido de viaje que llevaba puesto era de fino tafetán negro, pero la rigurosa sobriedad de su corte y la falta de adornos hacían difícil distinguirlo de la sencilla vestimenta de una doncella. Desde hacía quince años su vestuario se caracterizaba por la austeridad más absoluta, al principio por un exceso de ansiedad pueril, luego porque se aborrecía a sí misma, y en aquellos momentos en parte por costumbre y en parte por la intangible seguridad que le ofrecía un atuendo semejante.

—¿Sí? —dijo, resolviendo el dilema.

El guardés fijó la mirada en ella, parpadeando con sus ojos miopes.

—Su excelencia la espera en la casa, milady. Gregory se hará cargo de su equipaje cuando venga esta noche.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí? —Victoria levantó una ceja y señaló de manera deliberada la media milla de empinada cuesta que tenían por delante.

El guardés soltó una carcajada, un resuello asmático y aflautado que sacudió su frágil cuerpo y terminó en una tos agónica. Desconcertada, Victoria sólo atinó a fijar su mirada en él mientras intentaba recuperar el aliento para poder hablar. Temblando aún con macabra hilaridad, soltó:

—¡Caminando! —Y dicho esto retrocedió hasta el interior de la casa, y les cerró la puerta en las narices. Victoria oyó el golpe seco de la tranca al encajar en su sitio,

repetido en el sonido distante de los truenos que retumbaban en los cerros rocosos.

Victoria cruzó una silenciosa mirada de asombro con Dyer. Y como no le quedaba otro remedio, se recogió la falda y emprendió la penosa subida de la colina hacia la mole gris de Raeburn Court. Echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que su robusta doncella la seguía y vio la figura encorvada y escurridiza del guardés arrastrando su equipaje dentro de la casa.

Los truenos retumbaron nuevamente, esta vez más cerca. Una gruesa gota de lluvia cayó justo encima de su nariz mientras un soplo de viento alzó el armazón de su mirriñaque y lo sacudió con fuerza contra la parte posterior de sus piernas, empujándola hacia el camino. Victoria recuperó el equilibrio, luego se colocó el sombrero con una mano y alargó el paso, esforzándose por llegar a la mansión antes de que se desatara la tormenta.

Dyer resoplaba ruidosamente a su lado, intentando, con sus piernas cortas y gruesas, caminar al mismo ritmo que su señora. Otra gota salpicó la mejilla de Victoria, luego otra se coló a través de la tela de su chal y el vestido que llevaba debajo hasta mojarle el hombro. Apretó los labios en un gesto de desagrado, deseándole cincuenta infiernos al arrogante duque. Su vestido de viaje quedaría definitivamente arruinado, añadiendo la destrucción de bienes a la larga lista de pecados de aquel hombre.

No obstante, sonrió ante semejante disparate.

Llegaron a la puerta en el momento en que el estrépito de un trueno sacudió la tierra y el cielo se abrió, descargando un torrente de agua sobre ellas. Victoria no se detuvo para llamar a la puerta. Tiró hacia abajo del pestillo de hierro y empujó con el hombro la maltrecha puerta, entrando a trompicones mientras se abría. Dyer entró tambaleándose detrás de ella, retirándose el cabello mojado de los ojos.

Una fuerte ráfaga de viento arrancó la puerta que sostenía Victoria y la abrió de par en par, y una cortina de agua irrumpió empapándolas por completo. Dyer gimoteó en vano y se apartó tambaleándose.

Reprimiendo la palabrota favorita de su hermano, Victoria agarró con fuerza la puerta y pugnó por cerrarla. Se apoyó contra ella durante un segundo para dominar el traicionero estremecimiento que le hormigueaba en el estómago y le impedía respirar. Intentó, como hacía siempre, sentirse disgustada con el clima —pues verdaderamente era espantoso, se dijo toda seria— pero había algo en el frenesí del viento y la lluvia que la penetró hasta las entrañas.

Cuando se dio la vuelta, jadeando aún a causa de la carrera desenfadada por el camino, se asombró al descubrir una rolliza anciana parada apenas a dos metros de ella.

—Perdóneme —dijo Victoria lo más dignamente posible, sabiendo que era absurdo disculparse incluso mientras lo hacía.

—Supongo que usted es lady Victoria —dijo la mujer, y su rostro se frunció en miles de arrugas mientras se esforzaba por ver a Victoria a la luz de la vela que sostenía.

¿Serán todos ciegos en este maldito lugar?, se preguntó Victoria, en cierto modo divertida otra vez, mientras la mujer la miraba con asombro.

—Efectivamente.

Su impasible confirmación fue acogida con una amplia sonrisa desdentada y un torrente de amigable confianza.

—Su excelencia no la esperaba tan pronto, desde luego no hasta que Gregory volviera esta noche con el carruaje. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

La sirvienta emitió un sonido en señal de reprobación y les cogió los chales empapados por la lluvia.

—Tienen que haber hecho el camino andando para estar tan mojadas. ¡Increíble! Dos damas caminando con este tiempo...